

GARDUÑO

I

—Aquel jardín de nuestra infancia—dijo el señor Bergeret—, aquel jardín que recorríamos de punta á punta en veinte zancadas, fué para nosotros un mundo inmenso, poblado de sonrisas y de espantos.

—Luciano, ¿te acuerdas de Garduño?— preguntó Zoé. Y sonreía con los labios apretados y sin levantar la nariz de su costura.

—¡Que si me acuerdo de Garduño!... Entre todas las figuras que desfilaron ante mis ojos cuando yo era niño, la de Garduño es la que recuerdo mejor. Los rasgos de su rostro y de su carácter están presentes en mi memoria. Tenía el cráneo puntiagudo...

—La frente muy estrecha—añadió la señorita Zoé.

Y el hermano y la hermana recitaron alternativamente, con voz monótona y gravedad extravagante, los artículos de una especie de filiación.

—La frente, estrecha.

—Los ojos, saltones.

—La mirada, desvanecida.

—Una pata de gallo en la sien.

—Los pómulos salientes, colorados y brillantes.

—Las orejas, planas.

—Los rasgos de su fisonomía, sin expresión.

—Solamente sus manos, que no dejaban de moverse un instante, permitían adivinar sus pensamientos.

—Flacucho, encorvado, y en apariencia, débil.

—Pero en realidad, forzado como pocos.

—Rompía fácilmente una moneda de diez céntimos con el índice y el pulgar...

—Un pulgar enorme.

—Su voz era melosa.

—Y sus palabras, humildes.

De pronto el señor Bergeret exclamó seriamente:

—¡Zoé!: no dijimos que tenía el pelo amarillo y la barba rala. Volvamos á empezar.

Paulina, después de oír con sorpresa tan extraña relación, les preguntó por qué aprendieron aquellas frases y por qué las recitaban á manera de letanía.

El señor Bergeret respondió seriamente:

—Paulina: lo que acabas de oír es un texto consagrado, hasta litúrgico pudiera decirse, para uso de la familia Bergeret. Conviene que te sea transmitido para que no perezca con tu tía y con tu padre. Tu abuelo, hija mía, tu abuelo Eloy Bergeret, á quien no agradaban las estupideces, estimaba esas frases en atención á su origen. Llamábalas «anatomía de Garduño», y solía decir que le agradaba más, por varios conceptos, la anatomía de Garduño que la anatomía de Quaresmeprenant. «La descripción de Xenomanes contiene más frases cultas y preciosas—decía—, pero la de Garduño le lleva no poca ventaja, por lo claro y puro de su estilo.»

Y opinaba de este modo porque el doctor Ledouble de Tours no había explicado aún los capítulos treinta, treinta y uno y treinta y dos del cuarto libro de Rabelais.

—No entiendo una palabra.

—Porque no conoces á Garduño, hija mía. Zoé sabe tan bien como yo lo que fué la figura de Garduño en nuestra infancia. Tu abuelo Bergeret y sus familiares, hablaban constantemente de Garduño, y todas le veían de cuando en cuando.

Paulina preguntó:

—Ese Garduño ¿quién era?

Por toda respuesta el señor Bergeret echóse á reír; y la señorita Zoé también reía, sin despegar los labios.

Paulina los miraba con extrañeza, porque la solterona jamás reía con tanto gusto ni solía reír por los mismos pretextos que su hermano, porque la hermana y el hermano solían tener opiniones opuestas.

—Papá, dime quién era Garduño. ¿No quieres que yo le conozca? Pues dime quién era.

—Garduño era jardinero. Hijo de honra-

dos campesinos, estableció un vivero de flores y de árboles de jardín en Saint-Omer. Pero no supo agradar á su clientela y sus negocios iban de mal en peor. Entonces abandonó su industria y se dedicó á trabajar como jornalero. Las personas que lo emplearon no siempre quedaban satisfechas.

Mientras su hermano pronunciaba estas palabras, Zoé Bergeret reía más y más. Al fin dijo:

—¿Recuerdas, Luciano? Cuando nuestro padre no encontraba en su escritorio el tintero, la pluma, las obleas ó las tijeras, decía siempre: «Sospecho que Garduño anduvo por aquí.»

—¡Ah!—exclamó Bergeret—Garduño no gozaba de buena reputación.

—Y ¿eso es todo?—preguntó Paulina.

—No, hija mía, eso no es todo. Lo notable de Garduño es que le conocíamos todos perfectamente, y sin embargo... y sin embargo...

—No existía—dijo Zoé.

El señor Bergeret dirigió á su hermana una mirada de reproche.

—¡Qué indiscreción la tuya! ¿Por qué rompes el encanto? ¡Garduño no existía! ¿Cómo te atreves á decirlo? ¿Podrías sostenerlo, Zoé? Para afirmar que Garduño no existía, que Garduño no existió nunca, ¿reflexionaste acerca de las condiciones de lo existente y de las maneras de existir? Garduño existía, hermana; pero es cierto que su existencia fué muy especial.

—Cada vez comprendo menos—dijo Paulina, desconcertada.

—Ahora lo comprenderás todo, hija mía.

»Has de saber que Garduño nació en la madurez de los años, cuando Zoé y yo éramos niños. Habitábamos una casita del barrio Saint-Omer. Nuestros padres vivieron allí tranquilos y aislados, hasta que los descubrió la vieja señora Cornouiller, que vivía en su finca de Montplaisir, á cinco leguas de la ciudad, y resultó ser de la familia de mi madre. Valióse de su parentesco para exigir que todos los domingos nuestros padres fuesen á Montplaisir, donde se aburrían atrozmente. Consideraba de buen tono comer en familia los domingos, y decía que

solamente los pobretones desatienden tan antigua costumbre. Mi padre se moría de hastio en Montplaisir, y aun cuando él nunca se propuso disimularlo, no lo advertía la señora Cornouiller. Mi madre era más valerosa, y á pesar de sentir un hastio tan enorme como el de mi padre, sonreía.

—Las mujeres han nacido para sufrir—dijo la solterona.

—Zoé, todos venimos al mundo para sufrir. En vano nuestros padres rechazaban tan funestas invitaciones: el coche de la señora Cornouiller iba á buscarlos todos los domingos. Era inevitable ir á Montplaisir; era una obligación á la cual estaba terminantemente prohibido sustraerse; era un orden establecido que sólo una rebeldía pudo romper. Mi padre se rebeló al fin; retiróse para siempre del trato familiar de la señora Cornouiller y dejó á mi madre que le disculpara con pretextos diferentes y razones atendibles, aun cuando tenía pocas aptitudes para el disimulo. Nuestra madre no sabía fingir.

—Luciano: di que no quería fingir. Pudo hacerlo como los demás.

—Prefirió alegar buenas razones á inventar mentiras inconsistentes. ¿Recuerdas, hermana, que un día llegó á decirle á nuestro padre: «Felizmente Zoé tiene la tos ferina, y en algún tiempo no podremos ir á Montplaisir»?

—¡Lo recuerdo muy bien!—dijo Zoé.

—Te curaste al fin, hermana; y la señora Cornouiller le dijo á nuestra madre: «Hijita: el domingo no dejaréis de ir á Montplaisir.» Nuestra madre, obligada entonces á darle una disculpa verosímil para salir del apuro, inventó una excusa: «Lo siento mucho, señora, pero este domingo esperamos al jardinero.»

»Ante aquella respuesta inesperada, la señora Cornouiller miró al jardincito abandonado, en donde los boneteros y los lilos crecían á su gusto sin haber conocido nunca la podadera.

»—¡Esperan al jardinero! ¿Para qué?

»—Para trabajar en el jardín.

»Mi madre dirigió instintivamente sus ojos hacia los matorrales agrestes que poblaban su «jardín», y comprendió con espanto la inverosimilitud de su disculpa.

»—El jardinero, adujo la señora Cornouiller, podría trabajar en el jardín los lunes ó los martes; y sería preferible, porque no se debe trabajar en domingo.

»A lo que mi madre contestó:

»—Está muy ocupado toda la semana.

»He observado con frecuencia que las razones más absurdas y ridículas son las menos discutidas: desconciertan al adversario. La señora Cornouiller insistió mucho menos de lo que podía esperarse de persona tan poco dispuesta á ceder. Levantóse y preguntó:

»—Cómo se llama ese jardinero, hijita?

»—Garduño—respondió mi madre sin vacilar.

»Garduño tenía ya nombre. Desde aquel momento existía. La señora Cornouiller mascullaba:

»—Garduño. Creo haber oído su nombre. ¿Garduño? ¡Garduño! Me parece que le conozco bastante. Pero ahora no recuerdo... ¿Dónde vive?

»—Trabaja siempre á jornal, de jardín en jardín, y cuando se le necesita, le avisamos de unos á otros.»

—¡Ah! me lo figuraba, un holgazán, un vagabundo, un... cualquier cosa. Desconfía de tu jardinero.

En lo sucesivo Garduño ya tuvo su carácter especial.

II

Llegaron los señores Goubin y Juan Marteau; el señor Bergeret les puso al corriente del asunto:

—Hablábamos de aquel á quien un día mi madre hizo nacer de pronto jardinero de Saint-Omer y le llamó por su nombre. Desde entonces existe.

—¿Quiere usted aclararnos esto, querido maestro?—dijo el señor Goubin mientras limpiaba sus lentes.

—Con mucho gusto—respondió el señor Bergeret—.No había tal jardinero; el jardinero no existía. Mi madre dijo: «Espero al jardinero»; y desde entonces existió el jardinero como un personaje real.

—Querido maestro—preguntó el señor

Goubin—, ¿es posible que se presentara el jardinero con un personaje real, si no existía?

—Tuvo una especie de existencia—respondió el señor Bergeret.

—Querrá usted decir una existencia imaginaria—replicó desdeñosamente el señor Goubin.

—¿Y una existencia imaginaria no es nada?—exclamó el maestro—. Los personajes mitológicos ¿no pueden influir sobre los hombres? Reflexione usted acerca de la mitología, señor Goubin, y advertirá que no son los personajes mitológicos seres reales, sino seres imaginarios, y ejercieron sobre las almas acciones profundas y duraderas. En todas partes y siempre, seres que no tuvieron más realidad que Garduño, han inspirado á los pueblos odio y amor, terror y esperanza; han aconsejado crímenes, han recibido ofrendas, han establecido las costumbres y las leyes. Señor Goubin, reflexione acerca de la eterna mitología. Garduño es un personaje mítico de los más confusos, lo reconozco, y de la especie más humilde. Un sátiro grosero, sentado en tiempos remotos á

la mesa de nuestros campesinos del Norte, fué juzgado digno de aparecer en un cuadro de Jordaens y en una fábula de La Fontaine. El velludo hijo de Lycorax formó parte del mundo sublime de Shakespeare; Garduño, menos feliz, será siempre despreciado por los artistas y los poetas. Le faltan altura y originalidad, estilo y carácter; es fruto de inteligencias razonables y sencillas, y no intervino en su nacimiento la imaginación fecunda, creadora de mitos. Con esto basta, señores, para comprender la verdadera naturaleza de Garduño.

—La comprendo perfectamente—dijo el señor Goubin.

Y el señor Bergeret prosiguió su discurso:

—Garduño existía; puedo asegurarlo. Existía. Fíjense bien, señores, y se cerciorarán de que existir no implica en modo alguno la substancia, y que sólo significa el lazo que une al atributo con el sujeto; expresa una relación, y nada más.

—No lo niego—dijo Marteau—, pero ser sin atributo es lo menos que se puede ser. Alguien, cuyo nombre ahora no recuerdo, ha

dicho: «Yo soy el que soy». Perdonen lo frágil de mi memoria; no es posible acordarse de todo; pero el desconocido que así hablaba cometió una grave imprudencia. En esta frace dió á entender que se hallaba desprovisto de atributos y privado de relaciones, proclamó que no existía, se suprimió aturdidamente. Apuesto á que ya no se habla nunca de él.

—Pierde usted su apuesta—repuso el señor Bergeret—, porque borró el mal efecto de aquella parábola egoísta, aplicándose un cúmulo de adjetivos, y se habló mucho de él, sin sentido común la mayor parte de las veces.

—No lo entiendo—dijo el señor Goubin.

—No hace falta entenderlo—respondió Juan Marteau.

Y rogó al señor Bergeret que hablara de Garduño.

—Es usted muy amable al pedirme referencias de aquel hombre—dijo el maestro—. Garduño nació á mediados del siglo XIX en Saint-Omer, y mejor le hubiera sido venir al mundo siglos antes en el bosque de los Ar-

dennes, ó en el de Brocelianda. Entonces alcanzara reputación de genio maligno y habilidoso.

—¿Le sirvo una taza de te, señor Goubin?—dijo Paulina.

—Pero ese Garduño ¿era una mala persona?—preguntó Juan Marteau.

—Sí: era mala persona—respondió el señor Bergeret—; malo de cierto modo, no completamente. Era como esos diablos con fama de perversos, en los que se descubren buenas cualidades cuando se los trata. Y me atrevo á decir que han calumniado mucho á Garduño. La señora Cornouiller, recelosa contra él, tachóle de holgazán, de borracho y hasta de ladrón; pero no tardó en reflexionar que solo el hecho de servir á mis padres, personas de modesta posición, acreditaba de humildes las pretensiones de Garduño, y al punto discurrió si la resultaría más económico que su jardinero, el cual estaba mejor considerado, pero tenía muchas exigencias. Acercábase la época de recortar los bojés, y dedujo que si para la señora Bergeret, cuya posición era humilde, traba-

jaba Garduño por muy poco dinero, trabajaría para ella en condiciones aún más económicas, ateniéndose á la costumbre de que á los ricos todo les cuesta menos que á los pobres. Ya veía sus bojés recortados en forma de murallas, bolas y pirámides, y todo por muy poco dinero. «Tendré mucho cuidado—se decía—para que Garduño no esté ocioso ni me robe. Sin exponerme á ningún riesgo, puedo conseguir muchas ventajas. É sos vagabundos algunas veces son más habilidosos que los obreros honrados.» Resuelta á probarlo, dijo á mi madre: «Hijita: envíame á Garduño. Le haré trabajar en Montplaisir.» Mi madre se lo prometió, y lo hubiera hecho con gusto; pero era verdaderamente imposible. La señora Cornouiller esperó á Garduño en Montplaisir, y lo esperó en vano. Firme en sus convicciones y obstinada en sus propósitos, cuando volvió á verse con mi madre, lamentóse por no haber tenido noticias de Garduño. «¿No le dijiste que yo le aguardaba?» «Sí; pero es tan hurraño, tan chocante...» «¡Ah, conozco esa clase de gentel! Me sé de memoria la extra-

vagancia de vuestro Garduño. Pero ningún obrero, por muy estafalario que sea, puede negarse á trabajar en Montplaisir. Mi casa es muy conocida, y Garduño obedecerá mis órdenes sin rebelarse lo más mínimo, te lo aseguro. Dime dónde vive y yo misma iré á buscarle.» Mi madre respondió que no sabía las señas de Garduño, que su domicilio no era conocido, que no tenía casa ni hogar. «No he vuelto á verle, y hasta creo que se esconde.» ¿Podía ocurrírsele algo más oportuno?

«Sin embargo, la señora Cornouiller la escuchaba recelosa, y concibió la sospecha de que mi madre se negase á declarar el paradero de Garduño por temor de perderle ó de que aumentara el precio de su trabajo cuando lo solicitasen más; y la juzgó egoísta. Muchos juicios aceptados por todo el mundo y consagrados por la historia no tienen mejor fundamento.

—Es indudable—adujo Paulina.

—¿A qué te refieres?—preguntó Zoé, que dormitaba.

—Es indudable que los juicios de la his-

toria generalmente son erróneos. Recuerdo, papá, unas palabras tuyas: «La señora Roland, dijiste, demostraba mucha candidez cuando apeló á la justicia de la posteridad, sin comprender que si sus contemporáneos eran unos monos de mala índole, también la posteridad se compondría de la misma clase de monos perversos.

—Paulina—preguntó severamente la señorita Zoé—, ¿qué relación existe entre la historia de Garduño y lo que acabas de recordarnos?

—Tía Zoé: son dos ideas que se relacionan mucho.

—No comprendo.

El señor Bergeret, que se complacía en las digresiones, respondió á su hija:

—Si todas las injusticias fuesen reparadas en este mundo, no se hubiera imaginado nunca otro para repararlas. ¿Cómo es posible que la posteridad juzgue equitativamente á todos los muertos? ¿Cómo interrogarlos en la sombra donde se hallan sumergidos? A la hora de la justicia los olvidamos. ¿Se puede ser justo alguna vez? ¿Qué es la jus-

ticia? La señora Cornouiller se convenció al fin de que mi madre no la engañaba y de que Garduño era inasequible.

»Sin embargo, no renunció á dar con sus trazas, para lo cual preguntaba á todos los parientes, amigos, criados y abastecedores, si conocían á Garduño; sólo dos ó tres respondieron que jamás habían oído nada referente á tal hombre, pero los más aseguraban que le vieron alguna vez en alguna parte. «Me suena ese nombre—dijo la cocinera—; sin embargo, no puedo recordar á quién llamaban así». «¡Garduño! pero si no hay hombre más conocido—exclamó el peón caminero, mientras se rascaba la oreja—; sin embargo, ahora no acierto á decir quién es».

»Los más categóricos informes fueron aportados por el señor Blaise, recaudador de contribuciones, que declaró haber empleado á Garduño para cortar leña en su patio, desde el diez y nueve hasta el veintitrés de Octubre del año del Cometa.

«Una mañana la señora Cornouiller entró jadeante en el despacho de mi padre:—«Acabo de ver á Garduño.»—«¡Ah!»—«Le he

he visto.»—«¿Usted cree?»—«Estoy segura; iba pegado á la tapia del jardín del señor Tenchant; luego ha doblado la esquina de la calle de las Abadesas; llevaba un paso muy ligero y no le pude seguir. Se me escapó.»—«Pero ¿era él?»—«¡Indudablemente! Un hombre de unos cincuenta años, flacucho, encorvado, con una blusa vieja y renegrida, con trazas de vagabundo.»—«Es cierto—dijo mi padre—las señas coinciden con las de Garduño.»—«Ya ve usted si le habré visto. Además, le llamé, grité: ¡Garduño!; y volvió la cabeza.»—«Ese es—dijo mi padre—el procedimiento que emplean los agentes de policía para identificar á los malhechores á quienes persiguen.»—«¡Cuando yo aseguro que era éll... Yo sí que supe encontrarle; ¡por fin he visto á Garduño! Es un hombre de mal aspecto. Cometisteis una imprudencia enorme cuando le hacíais trabajar en vuestro jardín. Tengo muy buen ojo, y aun cuando sólo pude verle de espaldas, juraría que es un ladrón... y tal vez un asesino. Tiene las orejas muy planas, y esa es una señal infalible.»—«¡Hola! ¿Reparó usted en que

sus orejas eran planas?»—«A mí no se me escapa ningún detalle. Amigo Bergeret, si no quiere morir asesinado con su mujer y con sus hijos, no consienta que Garduño entre jamás en su casa. Me permito darle un consejo: cambie todas las cerraduras.

»Y aconteció que, al cabo de algunos días, faltaron tres melones en el huerto de la señora Cornouiller. Como no había dejado ningún rastro el astuto ladrón, sospechó de Garduño. Los gendarmes, llamados á Montplaisir, confirmaron con sus noticias la sospecha de la señora Cornouiller. Pandillas de merodeadores devastaban los jardines de la comarca; pero en aquella ocasión había indicios bastantes para suponer que realizó el robo un solo individuo, extraordinariamente habilidoso. Ninguna señal de fractura, ningún rastro sobre la tierra humedecida. El ladrón no podía ser otro que Garduño, á juzgar por las referencias. Tal fué la opinión del sargento, que tenía reunidos muchos informes acerca de Garduño y estaba decidido á coger en el garlito á ese granuja.

»El *Diario* de Saint-Omer publicó una

columna entera de interesantes noticias acerca del robo de los tres melones de la señora Cornouiller, y las ilustró con rasgos de la fisonomía de Garduño, que no dejaban lugar á dudas, porque describían minuciosamente al atrevido personaje. «Tiene—decía» el periódico—la frente muy estrecha, los» ojos muy saltones, la mirada insegura, una» pata de gallo en la sien, los pómulos abultados, enrojecidos y relucientes; las orejas» muy planas. Flacucho, encorvado, débil» en apariencia, es en realidad de una fuerza» nada común: dobla fácilmente una moneda» de plata, sin más que oprimirla con el pulgar entre el índice y el dedo del corazón.

»Hay muchas razones—añadía el periódico—para atribuirle una serie de robos» realizados con sorprendente destreza.»

»Todo el mundo se ocupaba de Garduño. Más adelante, llegó á decirse que lo habían detenido y que se hallaba encarcelado, pero se averiguó que el detenido no era Garduño, sino un vendedor de almanaques llamado Rigoberto; y como no resultaba cargo alguno contra él, después de catorce meses de pri-

sión preventiva le dejaron libre. A Garduño nadie le encontraba. La señora Cornouiller fué víctima de un nuevo robo, mucho más audaz que el primero: faltaron de su aparador tres cucharillas de plata.

»Segura de que sólo Garduño pudo atreverse á realizar aquel escandaloso latrocinio, mandó poner una fuerte barra de hierro en la puerta de su aposento y no volvió á dormir tranquila.»

III

A eso de las diez de la noche, y después de retirarse Paulina á su alcoba, la señorita Bergeret dijo á su hermano:

—No te olvides de contarles cómo sedujo Garduño á la cocinera de la señora Cornouiller.

—Pensaba en ello, hermana—respondió el señor Bergeret—; omitirlo sería suprimir lo más hermoso de la historia; pero hay que proceder metódicamente. Garduño fué tenazmente perseguido por la justicia, que no

logró dar con él. Cuando comprendieron hasta qué punto era difícil hallarle, todos cifraban su amor propio en descubrirle y reconocerle; así, las personas maliciosas lo consiguieron. Y como había muchas personas maliciosas en Saint-Omer y en sus alrededores, aparecía Garduño al mismo tiempo en las calles, en los campos y en los bosques. Fué añadido á su carácter un rasgo más. Le concedieron ese don de ubicuidad que poseen tantos héroes populares. Un ser que puede salvar en un momento enormes distancias y que de pronto aparece donde menos se le espera, asusta con razón. Garduño fué el terror de Saint-Omer. La señora Cornouiller, persuadida de que Garduño le había robado tres melones y tres cucharillas, vivió aterrada y reclusa en Montplaisir. Los cerrojos, las verjas y las cerraduras no la tranquilizaban. Garduño era para ella un ser extraordinariamente sutil que se filtraba por las paredes. Un acontecimiento doméstico aumentó el espanto. Víctima su cocinera de una seducción amorosa, llegó un momento en que no la fué posible disimular su falta;

pero se negó obstinadamente á decir el nombre de su amante.

—La muchacha se llamaba Godula—dijo la señorita Zoé.

—Llamábase Godula y la creían protegida contra los peligros del amor porque tenía barba poblada, como un hombre. También una barba milagrosa protegió la virginidad de aquella santa hija de rey que se venera en Praga; pero la barba de Godula no bastó para defender su virtud. La señora Cornouiller instó á su criada para que la dijera el nombre de quien la abandonaba después de haberla deshonrado. Godula se deshacía en llanto y guardaba silencio. Como eran igualmente inútiles con ella las amenazas y las súplicas, la señora Cornouiller hizo una minuciosa investigación. Interrogó hábilmente á sus vecinos y vecinas, á sus abastecedores, al jardinero, al peón caminero, á los gendarmes. Ninguno consiguió ponerla sobre la pista del culpable. Una vez más quiso que Godula confesase de plano. «Por tu propio interés, Godula, dime su nombre.» Godula continuaba silenciosa. De pronto, un rayo de

luz cruzó por la imaginación de la señora Cornouiller: «¡Ha sido Garduño!» La cocinera lloraba, pero no respondía. «¡Garduño! ¡Garduño! ¿Cómo es posible que no se me haya ocurrido antes? ¡Garduño! ¡Desdichada! ¡desdichada! ¡desdichada!»

»La señora Cornouiller quedóse persuadida de que Garduño engendró un hijo en su cocinera. Todos los vecinos de Saint-Omer, desde el presidente del Tribunal hasta el farolero, conocían á Godula, inseparable de su cesta de la compra; y al enterarse de que Garduño burló su honestidad, todo el mundo quedóse atónito, sorprendido y regocijado. Garduño adquirió entonces la celebridad propia de un terrible matón y de un amante de las once mil vírgenes. Le colgaron, por algunos indicios triviales, la paternidad de otros cinco ó seis niños que vinieron al mundo en pocos meses, y que mejor hubieran hecho en quedarse por allá, según la suerte que aquí les aguardaba y el trastorno que ocasionaron á sus madres. Designaban, entre otras, á la criada del señor Marechal, dueño de la tienda que se ro-

tula *La unión de pescadores*; á una panadera y á la jorobadita de Pont-Biquet, que por haber escuchado á Garduño, dieron á luz un niño. «¡El Monstruo!» exclamaban las comadres.

»Y Garduño, el sátiro invisible, amenazaba con accidentes irreparables á todas las jóvenes de una ciudad donde, según los viejos afirmaban, las mozas fueron siempre pacíficas y honestas.

»Así, al diseminarse por la población y sus alrededores, permanecía unido á nuestra casa con muchos lazos sutiles, pasaba por delante de nuestra puerta, y hasta escaló alguna vez las tapias de nuestro jardín. Nunca se le veía de frente; pero á cada momento reconocíamos su voz, su sombra y las huellas de sus pasos. Más de una vez creímos adivinar su espalda en la revuelta de un camino, mientras anochecía. Con mi hermana y conmigo variaba un poco de carácter. También era maligno, perverso; y también se mostraba pueril, cándido, menos real y hasta, si me atrevo á decirlo, más poético. Formaba parte del ciclo inocente de las tradiciones

infantiles. Convertíase en «el Coco» y en «el Trapero» que se llevan á los niños desvelados y llorones. No era el duende que por la noche y en la cuadra, enreda la cola de los potros; menos rústico y menos encantador, pero igualmente ingenuo y travieso, pintaba bigotes de tinta á las muñecas de Zoé. Al meternos en la cama y antes de dormirnos, le oíamos maullar como los gatos en los tejados, ladrar como los perros, llenar con sus gemidos las tolvas del molino, imitar en la calle las voces de los borrachos trasnochadores.

»Evocábamos á Garduño constantemente; y logró interesarnos como un ser familiar, porque su recuerdo iba unido á todos los objetos que nos rodeaban. Las muñecas de Zoé; mis cartapacios, cuyas páginas había revuelto y emborronado con frecuencia; las tapias del jardín, sobre las cuales vimos relucir muchas veces en la obscuridad sus ojos encandilados; el jarrón de porcelana resquebrajado por él, sin duda, en una noche de invierno (aunque bien pudo ser la helada quien lo hizo); los árboles, las calles, los bancos:

todo nos recordaba á Garduño, á nuestro Garduño, al Garduño de los niños, ser local y mítico. Sin igualar en gracioso atrevimiento ni en poética emoción al más burdo Silvano, al fauno más grotesco de Sicilia ó de Tesalia, no dejaba de ser un semidiós.

»Para nuestro padre ofrecía otro aspecto, emblemático y filosófico. A nuestro padre los hombres le inspiraban compasión.

»No los creía muy razonables, y sus errores, cuando no eran crueles, le divertían y le hacían sonreír. La creencia en Garduño le interesaba como un resumen y un compendio de todas las creencias humanas. De carácter irónico y burlón, hablaba de Garduño como de un ser real, con tanta insistencia y con tal cúmulo de circunstancias, que mi madre se quedaba atónita, y le decía con ingenuidad: «Parece que hablas en serio; sin embargo, sabes muy bien...»

»Nuestro padre le replicaba gravemente: «Nadie duda en Saint-Omer de la existencia de Garduño. ¿Sería yo un buen ciudadano si la negara? Antes de suprimir un artículo de fe común, es preciso meditarlo mucho.

»Sólo un espíritu de honradez extraordinaria tiene semejantes escrúpulos. En el fondo nuestro padre era partidario de Gasendi. Armonizaba su sentir con el sentir común, y confirmaba, como todos los habitantes de Saint-Omer, la existencia de Garduño, pero sin admitir su intervención directa en el robo de los melones ni en la seducción de las cocineras. Sólo creía en la existencia de Garduño para mostrarse buen ciudadano, á la vez que prescindía por completo de semejante figura para darse una explicación de los acontecimientos en que Garduño intervenía. En aquella ocasión, como siempre, fué un hombre galante y un espíritu recto.

»En cuanto á nuestra madre, se reprochaba la invención de Garduño, y no sin motivo. Porque al fin Garduño había nacido de una mentira de nuestra madre, como Calibán de una mentira del poeta, si bien sus culpas no fueron iguales, porque Shakespeare tenía más intención que mi madre. Sin embargo, se intranquilizó al observar que su mentira insignificante se agigantaba, y su trivial impostura obtenía un éxito extraordinario, se

propalaba desmesuradamente por toda la ciudad y amenazaba invadir el mundo. Un día llegó á horrorizarse, al ver que su invención tomaba forma y cuerpo real. Una criada campesina, recién llegada á la ciudad y nueva en el servicio de nuestra casa, dijo que un hombre deseaba ver á la señora: «¿Quién es ese hombre?» «Un hombre con blusa; parece un hortelano.» «¿Ha dicho cómo se llama?» «Si señora.» Pues «¿cómo se llama?» «Garduño.» «¿Dices que se llama...?» «Garduño, señora.» «¿Espera?» «Sí señora, está en la cocina.» «¿Le has visto?» «Si señora.» «¿Qué quiere?» «No me lo ha dicho; sólo quiere hablar á la señora.» «Vete á preguntarle qué desea.»

»Cuando la criada volvió á la cocina, el hombre había desaparecido. Nunca fué posible aclarar aquella entrevista de la nueva criada con Garduño; pero desde entonces mi madre creyó posible que Garduño existiese y que, al nombrarlo por primera vez, acaso ella no había mentido.

«RIQUET»

Y OTROS RELATOS EDIFICANTES

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1025 MONTERREY, MEXICO